

Disertación de S.E.R. Monseñor JORGE M. BERGOGLIO, S.J.*

Introducción

1. Recuerdo aquellos días de marzo de 1975: se plasmaba lo que el 12 de julio de 1973 el P. Arrupe había encomendado a la Provincia Argentina de la Compañía de Jesús: **refundar la Universidad del Salvador**. "Refundar" en su sentido etimológico: volver a aquello que le dio fundamento, volver a la fuerza inspiradora y constructora de los pioneros de este proyecto. En aquellos días se volvió a vivir la "mística fundacional". ¡Cuántos recuerdos! Pasaron 20 años... Muchos se han esforzado por mantener esta mística buscando, en los momentos de decisión y de conflicto, la inspiración en aquellos días. Y, como en toda historia, también existieron los que dejaron debilitar la mística, la dejaron "cansarse" en el quehacer cotidiano... y -cuando no se apagó- quedó reducida a brumosos recuerdos más acordes quizá con la palidez de un cuadro de Millet. La vigencia de una mística se va perdiendo de a poco, sin darse cuenta casi, en las sucesivas circunstancias con que la vida la maltrata: el funcionalismo, las diversas formas de corrupción, la lucha de "internas", la tristeza del corazón, etc.. Por otra parte, toda verdadera mística es fundamentalmente agresiva: se impone hacia afuera de la Institución pero no con violencia tiránica sino más bien con esa mansedumbre que nace de la sabiduría. También hay otra realidad a tener en cuenta: desde 1975 hasta ahora, nuestro medio externo universitario ha cambiado. Se han multiplicado los Institutos educativos universitarios y -con dolor- notamos que algunos de ellos parten de "aprioris" no condicentes con la "universitas" ni con la dignidad de las personas: p.ej. se habla de la rentabilidad per capita de una Universidad privada, al alumno se lo llama "cliente" y todo parece reducirse a una transacción mercantil, cuando no a una expresión más de la seductora hambre de consumo de nuestra cultura actual.

2. En situaciones así sólo cabe una solución: mirar atrás y "recuperar la memoria" del camino andado. Se trata de esa dimensión deuteronomica de la existencia cristiana que se abreva no precisamente en mesiánicas promesas economicistas o funcionalistas sino en la limpieza y frescura de las aguas de aquel primer manantial que le dio fun-

* Con motivo de los 20 años del Documento "Historia y Cambio".

damento. Tanto frente a la pérdida de la mística interior de esta Institución como frente al medio ambiente mercantilista circundante, me parece nos hará bien hoy, al cumplirse 20 años del Documento "Historia y Cambio", hacer un esfuerzo por **recuperar la memoria**, y que esta recuperación sea un nuevo punto de partida inspirador para las decisiones futuras. Por ello propongo, 20 años después, una memoria-sa relectura de "Historia y Cambio", de sus tres principios rectores: **lucha contra el ateísmo; avance mediante el retorno a las fuentes; universalismo a través de las diferencias**

3. Cuando hace 20 años escribí la Carta de Principios no imaginábamos el curso que tomaría la historia. Estábamos situados frente a un espíritu cientificista o utilitario; frente a sistemas e ideologías claros y sistemáticos. Hoy, en cambio, las poderosas estructuras de la Modernidad se desgranán irremediablemente y, a ese resto de su naufragio (que compartimos) lo llamamos con cierto pudor intelectual: "la post-modernidad". El desafío histórico contiene toda la ambigüedad de una crisis y el hombre de hoy tiende -por inercia- a reconstruir lo que fue "el ayer", cuando sólo tiene en sus playas los restos de un viaje trunco. Por ello no nos extrañemos si en la galería del mundo actual encontramos raras convivencias de odios raciales o tribales al lado de predicadores de la paz y armonía con el cosmos, adoradores de cibernéticas y computadoras junto a modernos "yoguis" de la meditación trascendental, la frenética búsqueda de la mejor calidad de vida mientras un cada día más creciente número de personas decrece en su miseria y otros desfallecen de hambre. Todo este panorama aparece englobado por una tendencia de los poderes y dirigencias responsables a uniformar sus decisiones, evitando los grandes conflictos y -por otra parte -canalizando el precio y las contradicciones de los grandes cambios hacia las comunidades, etnias y sectores marginados de las sociedades.

4. En esta nueva situación, en este naufragio, somos parte activa: naufragos; y corremos el peligro de querer reconstruirlo todo por inercia, con los trastos viejos de un barco que ya no existe. O, por el contrario, negar nuestra incertidumbre, inhibiendo la fuerza creativa de nuestra propia historia, de nuestra historia memoriosa. El naufrago siempre está solo con su propio ser y su propia historia: ésa es su mayor riqueza. A esta memoria pedimos hoy que acuda a nuestra ayuda. No pedimos ayuda ni a la mera repetición ni al esnobismo descspe-

ranzado de quien se acomoda sin más a los tiempos, sino a esa memoria que es verdadera anámnesis, reencuentro: como el profeta Elías, refugiado a escuchar en su silencio la brisa del Espíritu; como en la celebración eucarística, reencontrándonos con nuestra carne y la de nuestros hermanos en la Carne de Cristo. El ámbito universitario, en cuanto búsqueda permanente de sabiduría, es un espacio indicado para este ejercicio de la memoria: reencontrarse con los principios que permitieron realizar un deseo, destrabar lo que impide su continuación, ser fieles así a la propia misión que es precisamente aquello que se deseó y que ahora es y quiere seguir siendo. ¿Cómo rememorar aquellos principios ante estos nuevos desafíos? ¿Desde dónde buscar la ruta que reoriente el viaje del náufrago? Retomemos ahora la Carta de Principios y recorramos sus tres pautas (lucha contra el ateísmo, avance mediante el retorno a las fuentes, universalismo a través de las diferencias) e intentemos un discernimiento, una relectura.

Lucha contra el ateísmo

5. Hasta hace poco tiempo la influencia del ateísmo escéptico y la falta de una visión trascendente de la historia y de la vida fueron una preocupación constante. Nuestra consagración a Dios Padre desde la cosmovisión que implica el nacer en el seno del Cuerpo Místico del Verbo Encarnado, y especialmente desde la experiencia de vida del pueblo fiel creyente, nos ubicaba en una clara posición de fundamentación e identidad propia ante un contrario. La resistencia de sistemas, corrientes o ideologías que negaban la posibilidad de una fe creadora de cultura nos llevaba a replantear y crear formulaciones propias, sobre todo cuando el negar lo Absoluto o la persona misma de Dios era ya una motivación del pensamiento (siendo -quizás- esta razón una de las causas de deterioro de la Modernidad). Aquel hombre que militaba y se ufanaba de su ateísmo o de su cientificismo nos presentaba un frente claro, netamente opuesto.

Pero hoy, en cambio, convivimos con una humanidad inquieta, buscadora de sentido a su propia existencia, deseosa de articular lenguajes y discursos para reconstruir una armonía del saber perdida, convivimos con una humanidad ansiosa por integrar su "yo" ante las inseguridades. No podemos dejar de ver como signo del Espíritu de Dios esta nueva búsqueda de lo espiritual.

6. Sin embargo ya sabemos del producto de la confusión de una

crisis, de querer reconstruir los restos del naufragio: cada uno rehace una divinidad según donde la propia impotencia deje más al descubierto las heridas o las desorientaciones. Entonces ya **no se trata de la manifestación de Alguien** que se des-esconde (apokalipzein) y revela (epifanein) sino que la divinidad puede llegar a ser considerada como una **energía revitalizadora** que responda a nuestra necesidad de sentirnos acogidos, de ser pacificados. Hasta el mismo “yo” puede llegar a concientizarse de sus capacidades y -sanándose de sus actitudes negativas- descubre su esencia de amor, de divinidad. Se puede, incluso, en armonía con el cosmos y la naturaleza, prevenir y hasta curar enfermedades (el meollo del milagro)... y así podríamos seguir enumerando situaciones y fenómenos de esta nueva religiosidad. No se trata de negar aquí la riqueza que aportan las antiquísimas culturas, los avances de descubrimientos científicos ni la fuerza de los afectos, sino de **prevenirnos contra esa mezcla descontextuada** con la que tapamos, una vez más, nuestra desorientación.

7. Del otro lado, podemos encontrar una legión de fanáticos que, aferrados a sus temores conscientes o inconscientes, enarbolan las banderas de dioses que justifican sus aberraciones o simplemente sus prejuicios o ideologías. Es así que desde el fundamentalismo de cualquier signo hasta la New Age -pasando por nuestras propias mediocridades en la vida de fe-, los náufragos postmodernos nos hemos nutrido en la poblada alacena del mercado religioso. Porque no debemos engañarnos: una vez más aquí estamos armando una casa con trastos viejos de ideologismos, científicismos esotéricos o simplemente recurriendo a nuestro espíritu burgués consumista. El resultado es **el teísmo**: un Olimpo de dioses hechos a nuestra propia “imagen y semejanza” en el espejo de nuestras insatisfacciones, miedos y autosuficiencias; dioses atrapados en las propias inseguridades, reducidos a meras apoyaturas o justificativos de nuestras ilusiones y creencias. Un teísmo que muchas veces, en su explicitación, utiliza elementos cristianos pero con el fin de ir desmontando el cristianismo, diluyéndolo en la neblina de una divinidad vaporizada por el spray de los mercados.

8. En cierto modo estamos como la Iglesia primitiva, con el Dios de Jesucristo inmerso en un mundo donde los hombres pugnan por la propia divinidad, pero en una vida secularizada. Rememorar a nuestros primeros padres en la fe puede ser una visión analógica de utilidad para reencontrarnos con el espíritu de nuestra misión, aunque ha-

ya cambiado la letra. Como aquellos primeros cristianos debemos anunciar, no sólo con mensajes convincentes sino fundamentalmente con nuestra vida, que la Verdad basada en el amor de Jesucristo a su Iglesia (es decir, a todos los que creen en El) **es realmente digna de fe**. Porque el nuevo ateísmo es precisamente esta confusión de dioses y hombres, en que ninguna palabra nos suscita confianza. Hartos de mensajes corremos el peligro de caer en la incertidumbre y la mala indiferencia, graves enfermedades del espíritu. Hoy, más que nunca, el camino es **la santidad**: es decir, ser testigos veraces de lo que se cree y se ama. Tan simple como crucificante. El Evangelio, que es Cristo, se transmite menos por medio de razones que por la misma vida... ésta sí que es un espejo transformado y transformante, un reflejo no ya de nuestras opacidades sino de la Palabra de Otro. Esta vida testimonial puede ser más que un ejemplo, puede ser verdadera realización simbólica: la de un deseo unido al de Aquél que no podemos explicar pero que lo vivimos porque nos hemos dejado encontrar por El y lo amamos. Y el símbolo, bien sabemos, crea cultura.

9. En la vivencia misma de la comunidad educativa cristiana que formamos es donde debe darse esta metanoia, esta conversión creativa. En nuestros criterios, en nuestras metodologías, en nuestra búsqueda incesante de la verdad -que no pretende ser omnipotente sino crucificada- se debe dar ese misterioso hecho cristiano que surge de todo encuentro real con Jesucristo: la verdad resplandece por sus límites más que por sus pretensiones. Más que una Universidad que brinde grandes luminarias o germine brillantes corrientes de pensamiento (don que no hay que dejar de pedir y desear) hemos de buscar una comunidad en la que dé gusto adentrarse en la Verdad y la Belleza, una comunidad que invite con entusiasmo a vivir el Bien. Por otra parte, en el silencio del estudio, en la humildad de compartir y ayudarse está el remedio contra la mediocridad que lleva a la corrupción y contra el desinterés: ambas cosas que tanta incertidumbre provocan a nuestros jóvenes, que tanto motivan a la evasión y la superficialidad. Así también es la vida de nuestro pueblo fiel de Dios, ése que anónimamente predica a Cristo crucificado en su sufrimiento y al Resucitado en su esperanza, en las alegrías simples no sofisticadas. Pueblo que en nuestra Carta de Principios queríamos imitar. Ojalá nunca dejemos de inspirarnos en sus rostros sufrientes, en su desprotección y angustia -que conocemos hay en la Argentina de hoy- para estimularnos a investigar, estudiar y crear más. Cuando encuentren en la calle a deambulan-

tes y abandonados, a chicos que piden o roban en su miseria, a jóvenes que se hunden en la droga y el alcohol, a gente de trabajo que sufre por el peso y la inseguridad de cada día... cuando vean colas en los hospitales para lo mismo hacer mañana... entonces no tengan dudas: allí está Dios; es Cristo que, desde la Cruz, desde el límite, nos llama a dar un paso más cada día. Contra el teísmo diluido que nos propone la omnipotente postmodernidad nosotros seguimos afirmando que “el Verbo es venido en Carne”... y también sabemos que todo aquel que niegue esto, ése es el Impostor y el Anticristo (cfr.2Jo:7). Ya no está sobre el tapete -como hace 20 años- la negación de Dios, está su caricatura: esa miserable trascendencia que no alcanza ni a hacerse cargo de los límites de la inmanencia, sencillamente porque no se anima a tocar ningún límite humano ni a meter la mano en ninguna llaga (si la metiera, como Tomás podría decir “Señor mío y Dios mío”). **Nuestra lucha contra el ateísmo, hoy se llama lucha contra el teísmo.** Y también hoy es de ley aquella verdad que Malguc, en otro contexto cultural pero refiriéndose a la misma realidad, tan sabiamente había afirmado en los albores del siglo: “Lejos de serme Cristo ininteligible si es Dios, precisamente es Dios quien me resulta extraño si no es Cristo”. A la luz de esta afirmación de **Dios manifestado en la Carne de Cristo** podemos delinear la tarea formativa e investigadora en la Universidad: es un reflejo de la esperanza cristiana de afrontar la realidad con verdadero espíritu pascual. La humanidad crucificada no da lugar a inventarnos dioses ni a creernos omnipotentes; más bien es una invitación -a través del trabajo creador y el propio crecimiento a creer y manifestar nuestra vivencia de la Resurrección, de la Vida nueva.

Avance mediante el retorno a las fuentes

10. La evocación de la primera comunidad cristiana puede ponernos en sintonía con el desco de nuestro Pastor Juan Pablo II quien, en su reciente Carta de invitación al jubileo del año 2000, nos llama a reencontrarnos con las fuentes de nuestra fe. Nos exhorta a revivir cada año un Misterio distinto de la Trinidad Santa para recrear el encuentro personal con cada una de las Personas divinas, todo en un marco de conversión de fondo, cruda y sincera, de verdadera renovación bautismal. Es más, Su Santidad nos estimula con el ejemplo de miles de cristianos que en este siglo han sido testigos, con su vida y muerte, de la Verdad que queremos conmemorar; y nos convoca a

reencontrarnos en la Maternidad de María con la reserva de confianza y ternura con que Dios quiere estimularnos hacia el nuevo siglo. Si a esto agregamos su insistente llamado a la nueva Evangelización, no podemos dejar de ver su intuición de la necesidad de un nuevo renacer en la Iglesia. La misma vitalidad del Pontífice, su firmeza -a la vez innovadora en muchos aspectos es un verdadero signo del Espíritu, signo que curiosamente (y lamentablemente) ha sido muchas veces más valorado fuera de la Iglesia que en ciertos círculos áulicos de la misma.

11. Ya me referí al reencuentro o rememoración en el Misterio Pascual, fuente de todo reencuentro con Dios y con nosotros mismos. Pero, en cambio, parece que en nuestra postmodernidad es más inconveniente reencontrarse con la realidad humana del límite, de la ley, de la siempre necesaria y siempre imperfecta autoridad. El **relativismo** es la tendencia actual a desacreditar los valores y -en definitiva- toda dignidad y -por tanto- toda misión, toda vocación, ese “sentirse llamados” (curiosamente su raíz coincide con “civitas”, el ciudadano, “el que pertenece a”, “el que se siente identificado con”). No se trata de ver aquí conspiraciones ni planes (en sociología, la teoría del complot, desde el punto de vista hermenéutico, es una de las más débiles), pues no sería más que un artilugio para esconder nuestras propias falencias. El **relativismo** no es más que el producto de aquel mal espiritual del que hablábamos: el de la incertidumbre contagiada de mediocridad, que lleva al descreimiento, a la falta de compromiso con la propia comunidad. Es algo así como la imagen de muchos jóvenes (y otros no tanto) absortos en el “zapping” televisivo, en el videojuego, o el romance pasional con la computadora; todos medios que fantasean sobre la posibilidad de que la realidad pase rápido en un instante, que pueda ser dominada por una orden, instrumentalizada en un juego. Esto significa que el no compromiso con la realidad lleva a una mala práctica del ocio. El relativismo lleva a valorar y juzgar solamente por una impresión subjetiva: no cuentan otras palabras, no existen normas prácticas, concretas, objetivas. Sabemos bien del cuestionamiento que, al respecto, se quiere hacer del Magisterio de la Iglesia.

12. Debemos, una vez más, reencontrarnos aquí con nuestras fuentes. Cuando nuestra Madre, la Iglesia, nos remite a una norma objetiva, a una enseñanza perenne, no hace sino traducir al pensamiento y a la praxis la condición esencialmente humana y, por tanto, basada en

su dignidad personal con que todo hombre, más allá de cualquier cultura y situación, debe contar como horizonte de su accionar. Estamos señalando la posibilidad de criticar y autocriticarse al medio y a sí mismo, con una principalidad y normativa más allá de toda otra. Es la palabra última a la cual referirnos, la que nos libere de todo condicionamiento, la que nos refiera a nuestra propia esencia. Todo lo cual no quita que haya situaciones y procesos, ámbitos y culturas, que dificulten la comprensión y la vivencia de esta enseñanza. El crecimiento y el conflicto son parte de nuestra condición humana; pero es misión de la Iglesia ofrecer su mensaje universal.

13. Y es misión de la Universidad formarse y formar en esta conciencia de “universitas”: el hombre, en cuanto tal, es para el cristiano, **hijo, filiación en el Unigénito del Padre**, y -por tanto- hecho para aspirar a su Deseo, su Voluntad, que siempre reorienta la propia. La ilusión relativista de que en uno mismo está la propia orientación no es sino un viaje naufrago más que marca una nueva frustración. Los seres humanos no podemos vivir sin Ley que nos estructure, sin Llamado que nos oriente, sin Calidez de Padre que nos convoque. Aquí sí es necesario recordar nuestra historia evangelizadora, con sus gracias y pecados, para consolidarnos en los cimientos que ya existen. Pienso en el legado jesuítico evangelizador de la fe de nuestro pueblo: orientado por un discernimiento de escucha en el silencio, de confronto iluminador con el Cristo transmitido en la Palabra y en el encuentro eucarístico, sabía leer los pasos a dar según el Espíritu, en una permanente tensión entre situaciones y culturas frente a la exigencia de este “universal” divino y humano de la enseñanza eclesial. El espíritu relativista busca evitar las tensiones, los conflictos; teme -por tanto- la verdad. Cabe aquí repetir aquella frase evangélica que tanto gusta proclamar al Sumo Pontífice: “¡no tengan miedo!!”.

14. El desafío de avanzar mediante el retorno a las fuentes entraña el dejarnos entusiasmar y atrapar por aquello que gratuitamente se nos revela en la entrega y el sacrificio de Cristo, por Aquel Amor que se adelantó a todo amor desde la Creación. En estas épocas de inseguridad nos da miedo pensar que algo pueda ser un Don, gratuidad pura, pues todo parece moverse por puro interés. Comprometerse, creer en la Verdad, es la única garantía de ser libres. Y esto es así porque, perseverando en la constancia de un deseo y convicción, aceptando las dificultades temporales para su realización, sabiendo incluso que hay

caídas en el camino, entonces así se crece y progresa con un sentido, con una direccionalidad... se está firme en lo que se siente aunque, con el transcurso del tiempo, vaya adquiriendo nuevas configuraciones. A esto lo llamo avance mediante el retorno a las fuentes.

Universalismo a través de las diferencias

15. Hemos hablado de tensiones y de volver a renovarnos en el mensaje universalizador de la Iglesia. Debemos también volver a afirmar que la concreción de la verdad que creemos es posible en las particularidades diferenciadas y, por lo mismo, en nuestra particular situación argentina. Se trata no sólo de perder el miedo a las verdades que afirmamos sino también a las verdades vividas en la historia de nuestro país, esa historia tan negada por el olvido. Allí tenemos la realidad heredada que se nos impone asumir confiadamente como hijos, tomando ejemplo de tantos pueblos, del mismo pueblo de Dios que con un "pequeño resto" primero y luego con una pequeña comunidad de Apóstoles y Discípulos cambiaron la historia. De comunidades pequeñas pero conscientes de su identidad, afirmadas sin soberbias ni esteriotipos sino con la serenidad de quien cree y convoca con su solo ejemplo es posible engendrar a aquéllos que sean capaces de grandes renunciaciones y grandes deseos. Esta comunidad educativa, firme en sus principios y deseosa de vivir el Misterio en el que cree, no debe nunca dejarse tentar por ambiciones de otro orden que no sean las de una más intensa búsqueda de vivir el espíritu, de encarnar la Verdad y el Bien por el que hemos sido constituidos. Engendrar verdaderos hijos de esa Verdad... aunque estemos ausentes de grandes acontecimientos de cartelera o de proyectos mundanamente ambiciosos.

16. A esta altura es necesario aclarar que otro espíritu de nuestra atribulada postmodernidad nos puede amenazar: **un nuevo nihilismo** que "universaliza" todo anulando y desmereciendo particularidades, o afirmándolas con tal violencia que logran su destrucción. Un vistazo al mundo actual, lleno de luchas fratricidas, terrorismos alienantes, pero -sobre todo- inspirado por una tendencia por uniformar políticas hacia un "nuevo orden", por la internacionalización total de capitales y de medios de comunicación, nos deja un agrio sabor de despreocupación por los compromisos sociopolíticos concretos, por una real participación en la cultura y valores locales. Hemos malamente "universalizado" nuestros intereses en el único interés por sobrevivir o vi-

vir el momento intensamente. Soñar con un medio ambiente sano o con la posibilidad de una compra en el shopping, o el contar con los sistemas de comunicación multimedia se ha transformado en metas de vida hallables en todas las sociedades. El hombre de carne y hueso, con una pertenencia cultural e histórica concreta, se va transformando -a través de los alambiques de esta ilusión vana- en una suerte de “homo universalis”, inmanentemente universalizado... y la plenitud a la que se nos invita a aspirar no sería otra que “universalizarnos” en el “hombre light”. Queremos ilusionarnos con una individualidad autónoma, no discriminada... y terminamos siendo un número en las estadísticas del marketing, un estímulo para la publicidad. Somos “la nueva burguesía”: parte de la nueva burocracia, la del comercio y división del trabajo según lo dicte el mercado internacional.

17. Nuestro espacio es limitado: ésa es la realidad. Lo posible de esta comunidad universitaria estaría, entonces, en acrecentar la comunicación personal, el intercambio de palabras y, sobre todo, de la Palabra que nos mantenga vivos, creativos, libres del agobio de esta “nada apabullante”. No nos resignemos al sentimiento oceánico de dejamos llevar por la corriente: eso es camino de muerte, es canción de gitano metafísico: “que las olas me traigan y las olas me lleven / y que nunca me obliguen el camino a elegir” (M. Machado). Confiamos más bien en Aquél que, con la Cruz al hombro, nos invita a la Vida, nos mira con ojos humanos, nos habla con nuestras palabras, nos ama con afecto humano. Esta es la opción del naufrago, ésta su hora: o se resigna a entregarse a las olas, o se anima a levantarse y recomenzar.

Conclusión

18. A 20 años de “Historia y Cambio” he querido releer los tres principios rectores a la luz de esta nueva cultura de la postmodernidad. Si en un momento determinado de nuestra historia un hombre se atrevió a hablar de “la cultura del cambalache” para reflejar una situación concreta, me he permitido hoy señalar a esta pretenciosa postmodernidad, a sus afanes universalizantes en nuevos nominalismos metafísicos, con el calificativo de “cultura del naufrago”. Esto no significa encerrarse en un pesimismo, al contrario: despierta **reto, desafío, vocación. La lucha contra el ateísmo**, en esta cultura, hay que proponerla como **lucha contra el teísmo**, contra ese “Dios” destilado, trascendente pero dentro de los límites de la inmanencia... siempre a

nuestra mano para ser usado como un instrumento más del consumismo que nos agobia. Se pretende una mística sin misterio. Y el pecado aquí -además de la blasfemia y la apostasía- es la **omnipotencia** de sentirnos dioses porque, aun proclamando su trascendencia, lo hemos encapsulado en nuestra chiquita enfermedad de pigmeos. El **avance mediante el retorno a las fuentes** hoy nos pide una decidida toma de posición contra **todo relativismo** ya sea de tipo consecuencialista ya utilitarista, en el que la naturaleza humana se torna biodegradable siguiendo el imperativo coyuntural de las circunstancias. Afirmamos que todo avance no arraigado en las fuentes que nos dan el existir, también el cultural y el histórico, es ficción y suicidio. El pecado aquí es el **narcisismo**: ese repliegue subjetivista de los valores que nos induce a un “avance mediante el consensuar coyuntural”. Entramos aquí también en una degradación: ir “nivelando hacia abajo” por medio del consenso negociador. Se avanza pactando. Nuestro lenguaje cotidiano se hace eco de esto: progresar, entonces, supone “transar”, “negociar”, “zafar”...etc. El **universalismo a través de las diferencias** supone, en este naufragio postmoderno, una lucha a fondo contra todo tipo de **nihilismo** que, en el fondo, entraña el desinterés egótico por todo aquello que no soy yo ni mi quietud esencialista. No hay lucha, no se acepta el lenguaje tan humano -y tan “carnal”- de la tensión. En el fondo se niega la Encarnación del Verbo.

Y aquí, con esto termino, afirmando una vez más la Verdad que nos puede rescatar de la orilla solitaria en este naufragio teísta, relativista y nihilista: el Verbo es venido en carne. Jesucristo, el mismo ayer, hoy y siempre, sigue siendo la Verdad, la Belleza y el Bien supremos. El es “el derroche de gratuidad” del Padre (cf. Ef.1:8). A EL LA GLORIA POR LOS SIGLOS.